

## REGRESO AL MEDIO

por

EDGARDO A. PESANTE

En los tres últimos lustros se ha puesto de moda el escritor exiliado. Nos referimos concretamente al escritor hispanoamericano y utilizamos con toda intención la palabra moda. Curiosamente ello coincide con el llamado “boom” de la novela hispanoamericana, hecho sin duda auténtico y que debe enorgullecernos, pero que, como todo aquéello posible de ser convertido en negocio, ha sufrido las distorsiones propias de las promociones comerciales. Resulta irrefutable que la narrativa —podría decirse la literatura toda— de nuestro Continente ha llegado a su mayoría de edad y que así se lo reconoce en el mundo cultural, pero a los verdaderos protagonistas del proceso —o de la culminación de esta etapa— se han agregado muchos segundones y mediocres que con su presencia contribuyen a la confusión.

No basta vivir en París para ser un gran escritor. Es cierto que la capital de Francia sigue siendo la meca del arte mundial, pero, aparte de que allí la competencia es monstruosa —pese a cierta descentralización a la que contribuyeron otras grandes ciudades europeas—, a la presencia no sólo de hispanoamericanos sino de aspirantes procedentes de los más apartados rincones de la tierra, hay que sumar aquello tan antiguo inventado por los españoles, que nos enseña que “lo que natura non da, Salamanca non presta”.

El exilio fue en otros tiempos patrimonio de los hombres políticos, que eran condenados al ostracismo por no coincidir sus ideas con las sustentadas por el poder imperante; también, muchas veces, el exilio se autodeterminaba por razones de urgente seguridad personal, amenazada por el poder en defensa de sus prerrogativas. Sin entrar a juzgar la justicia o calidad de las ideas, hay que recordar siempre que, en toda época y lugar, quien se alza contra el poder constituido, pretendiendo cambiarlo, es reprimido con severidad, salvo que ese poder sea sólo aparente o esté en franca bancarrota.

Como el verdadero político es también un intelectual, tiene un estrecho parentesco con el escritor. En muchos hombres, por otro lado, concuerdan ambas vocaciones, sin llegar, por supuesto, a ser ésta una regla. Son siempre escritores o políticos muy especiales: Sarmiento, Hernández, Martí, en el siglo pasado; en el presente: Rómulo Gallegos y Juan Bosch, por citar, en este último caso, a dos presidentes de nuestra América que fueron, antes de asumir el alto cargo, reconocidos como grandes narradores, como figuras de importancia literaria.

Pero el avance de la política sobre lo literario, la confusión de ambos términos, la idea de que "todo es política" aplicada a ultranza, ha llevado a algunos escritores a utilizar los recursos y las técnicas del político: el exilio en primer lugar. Y muchas veces, para ser más dramático el traslado, el abandono, el alejamiento, se han inventado motivos ideológicos para tratar de justificar la partida. Es entonces cuando comienza a usarse el término autoexilio, que sin duda no ha de agradar a quienes lo reciben.

¿Por qué se va realmente un escritor a París? Dejemos de lado los naturales propósitos de conocimiento, las razones de estudios, las de envidiable turismo inclusive. ¿Qué se espera de París, Londres, Roma? El hombre sueña, se ilusiona, y el artista es un hombre hipersensible. Una capital sudamericana o una ciudad de provincia de Hispanoamérica está demasiado lejos de la consagración, del milagro del reconocimiento de la

fama, del dinero. Triunfar en París o Berlín, no es lo mismo que recibir un premio en Caracas o Buenos Aires, una crítica laudatoria en Veracruz o Medellín. Aquello es el mundo, esto nuestra querida América. El todo y una parte.

No podemos condenar al hombre ambicioso, porque sería como vetar la evolución, el progreso. Pero, como ocurre con la experimentación y la búsqueda de nuevos caminos en las artes y las letras, a un plazo determinado, lógico, debe encontrarse algo valedero. Así como una experimentación, una búsqueda infructuosa, de nada sirven, la ambición que no alcanza sus objetivos —ni siquiera se aproxima a ellos— no es otra cosa que frustración. Importan los resultados y no las supuestas buenas razones. Hay excepciones, naturalmente, ya que existen casos en que otros hombres completan la obra inacabada de los precursores; pero son las excepciones, no debemos olvidarlas.

También el artista y el escritor deben luchar, algunas veces, con la falta de posibilidades en su ciudad o su país. Entonces no les queda otra alternativa que partir. Pero también es cierto que hay casos en que es más fuerte el ansia de escapar del propio medio que las ganas de imponerse a las circunstancias adversas. La falta de confianza es otro factor importante de deserción. No sólo se desconfía de los otros, de los demás —incluidos los mismos colegas—, sino asimismo del propio valer. Partir, por otro lado, es un recurso de la desesperación e igualmente del desentendimiento de la realidad. Pero este es ya campo de investigación de los buenos psicólogos.

Un espécimen digno de ser tenido muy en cuenta, por lo abundante, es el exiliado espiritual. El, posiblemente no se marcho nunca de su ciudad y su país, aunque ganas no le falten. Vive aislado de su medio, despreciándolo orgullosamente y también temiéndole cobardemente. Sueña con la consagración que le llegará de la gran ciudad —Buenos Aires, por excelencia, para los argentinos— o también del exterior. Difícilmente ello ocurre, pero la publicación de un poema o de un cuento en

una revista literaria de número único —una revista fantasma—, así se edite por medio del mimeógrafo y en una remota e ignorada ciudad, lo colmará de vanidad enferma y su desprecio por sus coterráneos alcanzará un índice elevadísimo.

Quizás, en el afán de sintetizar con ejemplos típicos, nos hayamos dejado arrastrar por ciertos detalles pintorescos que pueden quitar verosimilitud a la descripción. Pero el conocimiento directo de quienes frecuentan los ambientes de las artes y las letras, estamos seguros que nos relevará del riesgo de ser considerados exagerados o “poco científicos”.

¿Existe una actitud contraria a la detallada? Por supuesto que sí. Y llevada a extremos, ofrece parecida posibilidad de frustraciones. El telurismo a todo trance, trabajar de espaldas al mundo, el cultivo de la ignorancia bajo el pretexto de una falsa pureza, el enquistamiento retrógrado, un culto idolátrico al pasado que cierra los caminos a cualquier innovación. Así, frente al exilio que tantas veces encubre las verdaderas razones de su origen, se alza la actitud de quienes también huyen, pero como lo hace el caracol o la tortuga: escondiéndose, refugiándose.

“¿Y en medio de ambas cosas?”, se pregunta el poeta neohelénico Seferis. Él la interrogación se la formula nada menos que ante la disyuntiva de qué cosa es Dios y qué cosa no lo es. Nosotros, modestamente, para encontrar una ubicación más inteligente a ese peregrino de la sociedad hispanoamericana que es el escritor. La respuesta que damos —a manera de proposición, de sugerencia, de resultado de una indagación personal— es que la verdad debemos buscarla, porque allí se la encuentra casi siempre, en el justo centro, que está bien lejos de las excentricidades y los enfermizos individualismos.

No se trata de huir ni de entregarse, sino de luchar; pero luchar con inteligencia. En primer lugar, hay que formar conciencia en la gente del valor y la necesidad de la literatura. El porqué de la poesía, la narrativa y el ensayo. El escritor no es, como tal, un ser común; como hombre puede serlo. Se

trata de un artista —en el mejor de los casos— que en cuanto a su valor social ha ido ascendiendo a lo largo de los siglos de la edad moderna una trabajosa cuesta. Jerarquizar al escritor es necesario que sea una de las premisas básicas. Conspiran contra esta aspiración los rezagos de seudoromanticismo, disfrazados de bohemia, que creen parangonarse a los grandes que tuvieron algunos vicios, comenzando por imitar sus vicios. También son enemigos de un elevado —o tan siquiera justo— concepto acerca del escritor, los pedantes envanecidos, que miran al prójimo, a esos que pretenden sean sus lectores, muy por encima del hombro.

Octavio Paz habla de una sociedad secreta de los poetas. Esto debe ser bien entendido. Conviene que los poetas, y todos los escritores, mantengan una relación leal y respetuosa entre ellos, pero sin llevar su lenguaje o argot profesional más allá de los límites de sus reuniones. Si la aspiración es ser entendidos, hay que colaborar con los destinatarios del mensaje, para que éste llegue a la meta señalada. Un individualismo excesivo no encuentra eco ni simpatía. John Steinbeck recomendaba que se escribiera sobre la vida de los demás y no tanto sobre la propia. Creerse representante ejemplar de la raza humana puede llevar fácilmente a la estupidez más ridícula.

Las organizaciones de escritores, para servir a su jerarquización y a lograr condiciones más aptas para la producción de mejores obras, deben ser siempre bien venidas. Pero hay que evitar la instrumentación y el aprovechamiento de los falsos líderes que sólo buscan convertirse en factores de poder. La gran promoción recibida por el escritor como tal en los últimos años, a través de figuras cuyo real valor el tiempo se encargará de establecer de manera definitiva, ha dejado saldos a la vez positivos y negativos. De estos últimos no cabe duda que la distorsión de valores es el más lamentable. Pero también hay hechos positivos. El escritor es alguien, tiene importancia, un valor en la sociedad contemporánea. La actualización de programas en los colegios, a todos los niveles, ha ser-

vido, igualmente, para que la obra de gente de aquí y de ahora sea leída por niños y jóvenes, lo que tiene una importancia inapreciable.

Se advierte —y los esfuerzos de todos deben dirigirse a que el proceso continúe— un regreso al medio, en una doble acepción de este vocablo: a igual distancia de los extremos (el centro, aunque sea un barbarismo según la Academia) y elemento en que vive y se mueve una persona o un grupo de ellas (el lugar donde se desarrolla nuestro quehacer cotidiano). El escritor ha ganado jerarquía, y es necesario que siga avanzando y consolide su posición en la sociedad. Ello a despecho de los ganapanes de la subliteratura y de los esclavos de los dogmas ideológicos. Un llamado a la responsabilidad, una instancia a la madurez de objetivos, no acabará con los auto-exilios físicos o espirituales ni con los retrógrados e idólatras de glorias muertas. La estulticia no tiene redención. Pero una clarificación de conceptos ayudará a que sean cada vez más los que aciertan el camino. Y así aumentará el número de quienes alcancen la meta de la auténtica expresión.